

LIBRO CUARTO

El subterráneo penal.

I

LA TENTACIÓN DE SAN GWYNPLAINE

Una llama apenas hace leve incisión en las tinieblas y una chispa incendia un volcán.

Gwynplaine leyó y releó la misiva para convencerse de que estaba escrita en ella la frase: ¡Yo te amo!

Le espantó su lectura de tal suerte, que creyó que estaba loco.

Estaba loco, pero era verdad lo que había leído; existía esa frase.

Los simulacros se burlaban de él, que era un miserable. El hombre de escarlata era un fuego fatuo de su ilusión óptica. Ciertas veces, un nada condensado en una llama, viene á burlarse de nosotros. Después de burlarse de él, el ser ilusorio desapareció, dejando loco á Gwynplaine. El segundo espanto que se apoderó del desgraciado fué el de estar seguro de no haber perdido la razón. Pues qué, ¿no acababa de recibir una carta? ¿No la tenía en las manos? ¿No estaba viendo un sobre, un sello, el papel y lo escrito? ¿Ignoraba quién escribía dicha carta? Todo estaba

claro en esta aventura. Tomaron papel y pluma y escribieron. Encendieron una bujía y sellaron la carta con lacre, poniendo en el sobre: «A Gwynplaine.» El papel era perfumado; el saltimbanqui conocía al groom que se lo entregó; éste le dió cita para el siguiente día, á la misma hora, en la entrada del puente de Londres. ¿Es otra ilusión el puente de Londres? No, no; existe: no hay en todo esto nada de sueño, todo esto es una realidad. Gwynplaine disfruta de la plenitud de sus facultades mentales; Gwynplaine no está loco, no sueña. Y para cerciorarse leía y releía la carta.

Existe una mujer que le ama. Entonces que nadie diga que es inaccesible. ¡Le quiere una mujer que le ha visto la cara! ¡Una mujer que no es ciega! ¿Esta mujer es fea? No; es bellísima. ¿Es acaso alguna gitana? No; es una Duquesa.

¿Qué red oculta este deseo y qué significa? Peligroso es semejante triunfo, pero es indispensable lanzarse á él, porque esa mujer es la sirena, la aparición, la lady, la espectadora del palco; sí, sí, ¡es ella! Era la extraña desconocida que había turbado su mente y hacía centellear el incendio que estallaba en él por todas partes, haciendo

reaparecer en tumulto los primeros pensamientos que le inspiró esa mujer como recalentados por un fuego sombrío.

¡Una mujer noble le amaba! ¡La Princesa descendía del trono, el ídolo del altar, la estatua del pedestal, el fantasma de la nube!... Del fondo de lo imposible salía la quimera, y esa deidad, esa irradiación, esa nereida, esa hermosura inabordable y suprema, desde su altura descendía para bajarse hasta Gwynplaine, y detenía su carro de aurora, tirado por tórtolas y dragones, encima de Gwynplaine, para decirle: ¡Ven! ¡Y gozaba el saltimbanqui de la fabulosa gloria de ser el objeto de esa bajada del empuje! Esa mujer, si este nombre puede darse a una forma sideral y soberana, esa mujer se proponía entregarse a él. En su vértigo, el Olimpo se prostituía a Gwynplaine, y brazos de cortesana abríanse en un nimbo para estrecharle en el seno de una diosa, y esto sin mancharse, porque esas majestades no se manchan. La luz lava a los dioses, y esta diosa, que descendía hasta él, sabía lo que hacía; no ignoraba el horror general que causaba la cara de Gwynplaine; había contemplado la máscara que le servía de rostro, y esa máscara no la hacía retroceder; luego le quería.

Por el contrario, su máscara, en vez de hacer huir a la diosa, le atraía; Gwynplaine era, más que querido, deseado, y más que aceptado, elegido. ¡Elegido él!...

Esa mujer que estaba situada en el real centro del resplandecimiento irresponsable y del poder en pleno libre arbitrio; que la solicitaban Príncipes y pudo elegir un Príncipe; que la galanteaban lores y pudo corresponder a un lord; que la asediaban hombres hermosos, elegantes y espléndidos, y pudo conquistar a un Adonis, conquistaba a un Gnafron. Pudo elegir, entre meteoros y rayos, al inmenso serafín de seis alas, y elegía a la larva rampante. Puestas a un lado las altezas, las señorías, las grandezas, la magnificencia y la gloria, y al otro lado el saltimbanqui, éste las vencía a todas. ¿Con qué balanza pesaba el corazón de esa mujer? Esa mujer se quitaba de la frente la corona ducal y la lanzaba sobre el tablado del clown; se arrancaba la aureola olímpica y la ponía sobre el cráneo enarizado del gnomo. No sé qué trastorno del

mundo, el hormigueo de los insectos de arriba, las constelaciones de abajo, tragaban al asombrado Gwynplaine, resbalando en la luz y haciendo un nimbo de su cloaca. Una potencia rebelada contra la belleza y el esplendor, y entregándose al condenado en obscuridad perpetua, prefería Gwynplaine a Antinoo; sentía el acceso de curiosidad de las tinieblas y bajaba hasta ellas, resultando, de la abdicación de la diosa, coronado el imperio del miserable. «Tú eres horrible: yo te amo.» Estas palabras halagaban en Gwynplaine la parte vergonzosa del orgullo. El orgullo es el talón por el cual son vulnerables todos los héroes, y lisonjeaba en el saltimbanqui su vanidad de monstruo; le amaban por ser deforme, y él era una excepción, lo mismo que los Júpiteres y los Apolos: se creía sobrehumano, y tan monstruo, que llegaba a ser un dios. ¡Terrible desvanecimiento!

¿Pero quién era esa mujer? ¿qué sabía de ella? Todo y nada. Sabía que era Duquesa, que era bella, que era rica, que gastaba libreas y lacayos y pajes y carroza blasonada, que estaba enamorada de él, ó al menos así lo decía; todo lo demás lo ignoraba. Conocía su título, pero no su nombre; comprendía lo que pasaba, pero ignoraba su vida. ¿Era casada, viuda, doncella? ¿Era libre? ¿La sujetaban deberes? ¿A qué familia pertenecía? ¿En torno suyo, había redes, emboscadas y escollos? Gwynplaine ni siquiera podía sospechar lo que esas grandes damas en las regiones ociosas inventan, cansadas ya de lo ordinario, ni a qué pruebas trágicamente cónicas puede conducir el tedio de una mujer que se cree superior al hombre; por lo tanto, aquella carta dejaba al infeliz saltimbanqui en completa obscuridad: lo único que penetraba de ella era, por una parte una confesión, y por otro un enigma.

La confesión y el enigma decíanle con sus dos bocas, la una provocativa y la otra amenazadora: ¡Atrévete!

Jamás la perfidia del azar tomó tan bien sus medidas ni proporcionó tan a tiempo una tentación. Gwynplaine, excitado por la primavera y por la renovación de la savia universal, estaba predispuerto a sentir los deseos carnales. El hombre material, del que ninguno de nosotros triunfa, se des- pertaba en ese efecto retrasado, y era to-

avía adolescente a los veinticuatro años. En estos instantes más temibles de la crisis, se le presentaba el ofrecimiento deslumbrador y dirigiéndose hacia él. La juventud es un plano inclinado: Gwynplaine se hallaba en la pendiente, a la que le empujaban. ¿Quién? La estación, la noche, esa mujer.

Si no existiese el mes de abril, los mortales serían más virtuosos.

Gwynplaine estaba trastornado.

Cierta humareda del mal, que no puede respirar la conciencia, antecede a la falta: cuando tientan a la honradez, siente ésta una náusea infernal; lo que se entreabre deja escapar una exhalación que advierte a los fuertes y que aturde a los débiles. Gwynplaine experimentaba ese misterioso malestar.

Dos dilemas fugaces y tercios al mismo tiempo, flotaban ante él. La falta, que se obstina en ofrecérsele, tomaba forma, diciéndole: ¡Al siguiente día, a media noche, el puente de Londres, el paje!... ¿Acudiría el saltimbanqui? La carne le gritaba: ¡sí! y el alma le gritaba: ¡no!

Por extraño que parezca a primera vista la pregunta de si acudiría ó no a la cita, no se la dirigió a sí mismo una sola vez, sino varias. Las acciones reprochables tienen sus sitios reservados; como los aguardientes excesivamente fuertes, no se les puede beber de un solo trago; se llena el vaso, para beber más tarde, y la primera gota tiene ya un sabor extraño.

Lo cierto es que Gwynplaine se sentía empujado por detrás hacia lo desconocido, y se estremecía. Columbraba la orilla del abismo y se echaba hacia atrás lleno de sobresalto y cerraba los ojos. Esforzabase por negarse a sí mismo esta aventura y por dudar de la firmeza de su razón. Efectivamente, lo mejor para él era creerse loco. Padecía esa fiebre fatal. Todos los hombres, a los que sorprende en sus vidas lo imprevisto, experimentan esas pulsaciones trágicas. El espíritu observador oye siempre ansiosamente el sonido de los sombríos golpes que el ariete del destino descarga sobre la conciencia.

Cuando el deber se ve con claridad, dudar sobre la línea de conducta que debe seguirse es ya caer.

Por otra parte, debemos decir que el des-

caro de esta aventura, que hubiese extrañado a un hombre corrompido, no le parecía tal a Gwynplaine, porque desconocía lo que es el cinismo. No atribuía a esta aventura una idea de prostitución, que no osaba concebir en tan altas regiones; era demasiado puro para admitir hipótesis tan complicadas. De esa mujer únicamente veía la grandeza, y esto le lisonjeaba; su vanidad sólo se fijaba en su victoria; para conjeturar que ésta se la proporcionaba el impudor y no el cariño, necesitaba poseer más penetración que tiene la inocencia. Cerca del *yo te amo*, no descifraba el correctivo espantoso de *yo te deseo*. No comprendía el lado bestial de la diosa.

El espíritu puede sufrir invasiones; el alma tiene sus vándalos, que son los pensamientos malos que vienen a devastar nuestra virtud. Mil ideas en sentido contrario se precipitaban sobre Gwynplaine, una tras otra, y a veces juntas; después callaban. Entonces se cogía la cabeza con las manos, para permanecer en una especie de atención lúgubre, semejante a la contemplación de un país de noche.

De repente advirtió que no pensaba ya; su imaginación había llegado al momento negro, en el que todo desaparece. Notó asimismo que no había vuelto aún a la posada y debían ser ya las dos de la madrugada.

Guardó la carta que le trajo el paje en uno de los bolsillos del lado, pero advirtiendo que estaba junto a su corazón, la sacó de allí y, arrugada, la metió en uno de los pliegues de sus botas; se dirigió a la posada, penetró en ella sigilosamente, no despertó al pequeño Govicum, que le esperaba durmiendo sobre una mesa, teniendo los brazos por almohada; cerró la puerta, encendió una vela en la linterna de la hostería, echó los cerrojos, dió la vuelta a la llave en la cerradura, tomó maquinalmente las precauciones del hombre que entra tarde en casa, ascendió la escalera de la Green-Box, se deslizó en la antigua choza que le servía de cuarto, vió que Ursus dormía, apagó la bujía y no se acostó.

Transcurrió una hora estando Gwynplaine despierto, y, al fin, rendido y figurándose que acostarse es dormir, puso la cabeza sobre la almohada, sin desnudarse, y cerró los ojos; pero no se había todavía llamado en él la tempestad de emociones que

le agitaba. El insomnio maltrata al hombre, y Gwynplaine sufría mucho. Por la primera vez en su vida no estaba satisfecho de sí mismo. Amaneció, y al oír que Ursus se levantaba, él no abrió los ojos, y seguía pensando en la carta que le entregó el *groom*; todas las palabras de ella se le aparecían en una especie de caos. Agitado por soplos violentos dentro del alma, el pensamiento es un líquido; entra en convulsiones y se alborota y sale de él algo parecido al rugido sordo de la ola. Flujo y reflujo, sacudidas, vueltas y vacilaciones de la onda ante el escollo, granizo y lluvia, nubes que traspasan claridades, arranques de espuma inútil, locas ascensiones que concluyen en rápidas caídas, inmensos esfuerzos perdidos, aparición del naufragio en todas partes, sombra y dispersión; todo esto que acontece en el abismo, sucede también en el hombre, y Gwynplaine era víctima de esta tempestad.

En lo más crudo de su angustia, teniendo siempre cerrados los ojos, oyó una voz tierna que le decía:

—¿Duermes todavía, Gwynplaine?

Abrió los ojos sobresaltado, se incorporó sobre la cama y vió que la puerta de la choza-vestuario estaba entreabierta, y ante él á Dea, que le dirigía su inefable sonrisa. Gwynplaine la contempló, estremeciéndose deslumbrado y despierto. ¿Despierto de qué? ¿Del sueño? No, del insomnio. Era ella, era Dea; de pronto sintió en lo más profundo de su ser el indefinible desvanecimiento de la tempestad y el sublime descenso del bien sobre el mal; se efectuó en él el prodigio de la mirada celestial; la cariñosa ciega, sólo con su presencia, disipó las sombras que obscurecían la mente de Gwynplaine, y la cortina de nubes se separó de su espíritu, como descorrida por invisible mano, y el azul del cielo brilló en la conciencia del clown, volviendo á ser, por la virtud de aquel ángel, el bueno, el inocente Gwynplaine. El alma, como la creación, tiene misteriosas confrontaciones: los dos callaban; ella representando la claridad y él el abismo; ella divina y él apaciguado, y sobre el corazón tempestuoso de Gwynplaine, Dea resplandecía con el poderoso efecto de la estrella del mar.

II

DE LO ALEGRE Á LO SERIO

Era la hora del desayuno en la Green-Box y Dea fué á enterarse por qué Gwynplaine no se presentaba á la mesa á desayunarse.

Al verla éste aparecer, se serenó, como dijimos. El que no haya contemplado, después del huracán, la sonrisa inmediata del mar, no podrá explicarse tales apaciguamientos. Nada se calma tan pronto como el abismo, porque traga con facilidad. Así es el corazón humano; sin embargo, no siempre.

Algunos momentos después estaban sentados los dos amantes, uno delante de otro. Ursus entre ellos y Homo á sus pies. La tetera, debajo de la que ardía una pequeña lámpara, estaba sobre la mesa.

Fibi y Vinos estaban fuera, vacantes de servicio.

Se desayunaban, lo mismo que comían, en el compartimiento del centro de la Green-Box, y por el modo de colocar la estrecha mesa, Dea daba las espaldas al tabique que correspondía á la puerta de entrada.

Gwynplaine servía el te á Dea, y ésta soplabla graciosamente en la taza. De improviso estornudó. Se extendía en aquel instante sobre la llama de la lámpara una columna de humo que se disipaba y que hizo estornudar á la ciega.

—¿Qué es eso?—interrogó.

—Nada...—contestó Gwynplaine, sonriéndose.

Acababa de quemar la carta de la Duquesa.

El ángel Custodio de la mujer querida es la conciencia del hombre que la ama.

El ver quemada la carta consoló mucho

á Gwynplaine; le parecía que con aquel humo desaparecía su tentación, y que á la vez que el papel, reducía á cenizas á la Duquesa.

Mezclando de las dos tazas y bebiendo uno detrás de otro en la misma, se hablaban cariñosamente.

No vayáis á buscar la poesía más lejos de dos corazones que se aman, ni más lejos la música de dos besos que dialogan.

—¿Sabes lo que he soñado, Gwynplaine?

—No.

—Pues soñé que éramos bestias y que teníamos alas.

—Si tuviéramos alas, seríamos pájaros—respondió el saltimbanqui.

—Bestias quiere decir ángeles—murmuró entre dientes Ursus.

—Si tú no vivieras, Gwynplaine...

—¿Qué?...

—Entonces no existiría Dios.

—El te está muy caliente; vas á quemarte, Dea.

—Sopla mi taza.

—¿Qué bella estás hoy!...

—¡Calla! que tengo que decirte muchas cosas.

—Pues dilas.

—¡Yo te amo!

—¡Yo te adoro!

Ursus decía aparte:

—He aquí unas gentes honradas.

Entonces reinó una de estas excelentes pausas con que se recortan los diálogos amorosos; pasado el corto paréntesis, Dea exclamó:

—¡Si supieras lo que siento cuando representamos la pieza, en el momento que mi mano toca tu frente!... ¡Tienes cabeza noble, Gwynplaine! En cuanto mis dedos tocan tu cabello, me estremezco, recibo celestial alegría y me digo á mí misma: En el mundo de la obscuridad en que vivo, sólo tengo un punto de apoyo, él, tú.

—Ya sé que me amas y que yo tampoco tengo á nadie más que á ti en el mundo. Lo eres todo para mí, Dea; ¿qué quieres que haga por ti? ¿Deseas algo? ¿Qué es lo que necesitas?

—No lo sé: soy dichosa—contestó Dea.

—¡Oh, sí!... ¡Somos dichosos!...

Ursus exclamó severamente:

—¡Ah! ¿conque sois dichosos? Pues eso es una transgresión, ya os lo advertí. Si sois felices, procurad que nadie os vea y ocupad el menor sitio posible. La felicidad debe ocultarse; haceos aún más pequeños de lo que sois. Dios mide la grandeza de la felicidad por la pequeñez de los dichosos. Los que gozan deben esconderse como los malhechores: si brilláis como gusanos de luz, os pisarán; ¿á qué vienen todos esos corrococos?... No soy una dueña que esté obligada á espiar á los amantes y acabáis por fastidiarme. ¡Idos al infierno!...

Ursus, comprendiendo que iba á enternecerse, terminó su parlamento riendo á los enamorados.

—Padre--le dijo Dea,--no os disgustéis.

—Es que me disgusta que alguien sea dichoso—respondió Ursus.

Esta vez Homo fué el eco de Ursus y los amantes oyeron á sus pies un gruñido.

Ursus bajó la mano para acariciar la cabeza de Homo.

—También tú estás de mal humor, pues gruñes; no te gustan tampoco las gentes acarameladas, eres un sabio; pero cállate. Ya que has manifestado tu opinión, cállate.

El lobo gruñó otra vez. Ursus lo miró. —¡Silencio, Homo! ¡No insistas! ¡Sé filósofo!...

Pero el lobo se levantó y se dirigió á la puerta, enseñando los dientes.

—¿Qué es lo que tienes?—le preguntó Ursus, cogiéndole por la piel del cuello.

Dea no prestaba atención al lobo, entregada á sus ideas, saboreando interiormente el sonido de la voz de Gwynplaine, y callaba sumida en ese éxtasis peculiar de los ciegos, que parece que les haga oír en su interior un canto, que reemplaza en ellos la luz que les falta con no sé qué música ideal. La ceguera es un subterráneo, desde el cual se oye la profunda y eterna armonía.

Mientras Ursus apostrofaba á Homo, bajando la cabeza, Gwynplaine levantó la vista. Fué á beber una taza de te y no la bebió; la colocó otra vez sobre la mesa; con la lentitud de un resorte que se afloja, quedáronse los dedos abiertos y permaneció inmóvil, con la mirada fija y sin respirar.

Divisó un hombre que estaba de pie, detrás de Dea, entre el marco de la puerta. Aquel hombre vestía de negro y se cubría con la capa de la justicia; hasta las cejas le llegaba la peluca, y tenía en la mano un bastón de hierro, rematado en corona por ambos extremos: este bastón era corto y macizo.

Parecía Medusa asomando la cabeza por entre dos ramas del paraíso.

Ursus, que sintió entrar al recién venido y que levantó la cabeza, sin soltar á Homo, reconoció á aquel terrible personaje y tembló. Aproximándose al oído de Gwynplaine, le dijo:

—Es el wapentake.

Gwynplaine se acordó de lo que este nombre quería decir, pero contuvo en la garganta las palabras de sorpresa que iba á pronunciar.

El bastón de hierro que terminaba en corona por ambas extremidades era el iron-weapon, sobre el que los oficiales de la justicia urbana prestaban juramento al tomar posesión del cargo, y del que los antiguos wapentakes de la policía inglesa sacaron la calificación.

Detrás del hombre de la peluca veíase en la penumbra al consternado posadero.

El desconocido, sin pronunciar una palabra, y personificando la *muta thémis* de los antiguos despachos, bajó el brazo derecho por encima de la hermosa Dea y tocó con el bastón de hierro el hombro de Gwynplaine, mientras que con el índice de la mano izquierda le indicaba la puerta de la Green-Box. Ese doble signo significaba: Seguidme.

Pro signo exeundi, sursum trahe, decía el cartulario normando.

El individuo á quien el iron-weapon tocaba, no podía esquivar la obligación de obedecer. No cabía réplica contra este mandato silencioso, y rudas penalidades de las leyes inglesas castigaban á los refractarios.

Al sentirse encima el rígido tocamiento del iron-weapon estremecióse Gwynplaine y después quedó como petrificado.

Si en vez del tacto suave del bastón de hierro en el hombro le hubiese pegado fuertemente en la cabeza, no se hubiera quedado más aturdido. Se veía obligado á seguir

al oficial de la policía, pero, ¿por qué? No lo sabía.

Ursus, también lleno de dolorosa confusión, lo atribuía á los saltimbanquis y á los predicadores, sus rivales; á la Green-Box denunciada; al lobo, que era un delincuente; á su conferencia con los tres doctores, ó tal vez á la chismografía sediciosa de Gwynplaine referente á la autoridad real, y temblaba de espanto.

Dea sonreía.

Ni Gwynplaine ni Ursus dijeron una palabra, porque les ocurrió el mismo pensamiento: no inquietar á Dea. Al lobo tal vez también se le ocurrió, porque dejó de gruñir; verdad es que Ursus no lo soltó.

Gwynplaine se puso en pie, porque sabía que no era posible resistir la orden y recordaba lo que le dijo Ursus.

Permaneció en pie ante el wapentake; éste le retiró del hombro el weapon, y acercándose, lo puso recto, en actitud de mando, cuya actitud comprendía entonces todo el mundo, é intimidó la orden siguiente:

—Que me siga este hombre y nadie más. ¡Quedaos los demás aquí y silencio!

Nada de curiosidad. La policía ha tenido siempre afición á obrar de esta manera. Este acto se llamaba «el secuestro de la persona.»

El wapentake, con un solo movimiento y como una pieza mecánica que gira sobre sí misma, volvió la espalda y se encaminó con paso magistral y grave hacia la salida de la Green-Box.

Gwynplaine miró á Ursus; Ursus hizo la pantomima de levantar los hombros, de apoyar los codos en las caderas con las manos separadas, de fruncir las cejas, dando con ellas á entender el acatamiento á lo desconocido.

Gwynplaine miró á Dea, que seguía sonriendo y sonriéndose; posó el saltimbanqui la extremidad de los dedos sobre los labios y envió á la inocente ciega inexpresable beso.

Ursus, al ver vuelto de espaldas al wapentake, aprovechó un instante para deslizarse estas palabras al oído de Gwynplaine:

—No hables antes de que te pregunten, ó eres perdido.

Gwynplaine, cuidando de no hacer ruido, como en el cuarto de un enfermo, cogió el

sombrero y la capa, se cubrió con ésta hasta los ojos, bajándose el sombrero lo que pudo; como no se desnudó para acostarse, llevaba todavía el traje de trabajar y al cuello la esclavina de cuero; miró otra vez á Dea; el wapentake llegó á la parte exterior de la Green-Box, levantó el bastón y descendió los escalones de la estribera; entonces Gwynplaine se puso en marcha, como si aquel hombre le tirase de una cadena invisible; Ursus vió salir á Gwynplaine de la Green-Box; el lobo, en este instante, lanzó un gruñido lastimero, pero Ursus lo hizo callar, diciéndole en voz muy queda:—Va á volver.

En el corral, maese Nicless, con gesto servil é imperioso, acalló los gritos de espanto en que prorumpían Vinos y Fibi, que veían angustiadas que se llevaban á Gwynplaine y que las asustaba el vestido negro y el bastón de hierro del wapentake.

Govicum, atemorizado, asomaba la cara por una ventana entreabierta.

El wapentake precedía algunos pasos á Gwynplaine, sin mirarle y sin volverse, con la tranquilidad absoluta que da la certidumbre de representar á la ley. Los dos, guardaron silencio sepulcral, franquearon el patio, atravesaron la sala obscura de la taberna, y desembocaron en la plaza. En ella habla algunos transeúntes agrupados delante de la puerta de la posada, y el *justicier-quorum* á la cabeza de una escolta de policía. Los asombrados curiosos, sin hablar, se separaron, alineándose con la disciplina inglesa ante el bastón del constable; el wapentake tomó la dirección de las callejuelas, llamada entonces *Little Strand*, que están situadas á lo largo del Támesis, y Gwynplaine, llevando á derecha é izquierda los agentes del *justicier-quorum*, alineados en doble fila, pálido y cubierto con la capa, se alejaba con lentitud de la posada, andando silenciosamente detrás del hombre taciturno, como una estatua que sigue á un espectro.

III

LEX, REX, FEX

El arresto sin dar explicación alguna, que causaría asombro á un inglés, en la actualidad, era proceder que usaba frecuentemente entonces la policía de la Gran Bretaña. Se recurría á éste sobre todo en asuntos delicados, los que se proveían en Francia mediante cartas selladas, y á despecho del *Habeas corpus*, hasta el reinado de Jorge II, y una de las acusaciones de que se defendió Walpole fué de haber arrestado á Neuhoff de este modo. La acusación, probablemente, no estaría bien fundada, porque Neuhoff, Rey de Córcega, fué encarcelado por sus acreedores.

Al apoderarse de las personas silenciosamente, como lo hacía la Sainte-Vehme en Alemania, admitíase por la costumbre germánica que informa la mitad de las antiguas leyes inglesas, y la recomendaba en determinados casos la costumbre normanda, que informa la otra mitad de la legislación de Inglaterra. El jefe de policía del palacio de Justiniano llamábase «silenciarío imperial» *silentarius imperialis*. Los magistrados ingleses que practicaban el apoderarse de las personas de esta manera, se apoyaban en multitud de textos normandos:—*Canes latrant, sergentes silent.*—*Sergenter agere, id est tacere.*—Citaban á Lundulfus Sagax en el párrafo 16:—*Facit imperator silentium.*—Citaban la carta del Rey Felipe, de 1307:—*Multos tenebimus bastoneiros qui, obmustescentes, sergentare valeant.*—Citaban los estatutos de Enrique I de Inglaterra, capítulo LIII:—*Surge signo jussus. Taciturnior esto. Hoc est esse in captione regis.* Se apoyaba par-

tiamente en esta prescripción, que consideraban que formaba parte de las antiguas franquicias feudales de Inglaterra:—«De bajo de los Vizcondes están los *serjans* de la espada, los que deben castigar con ella á todos los que siguen malas compañías, á las gentes difamadas por otros crímenes y á los fugitivos y corsarios, etc.» «Ser arrestado de este modo era ser castigado por medio de la espada.» (*Vetus conmetudo Normannie*, M. S. I. part. Sect. I. cap. II.) Los jurisperitos invocaban además *in Charta Ludovici Hutini pro normannis*, el capítulo *servientes spathe*. Los *servientes spathe*, al aproximarse paulatinamente el bajo latín á nuestros idiomas, se convirtieron en *sergentes spadee*.

Los arrestos silenciosos eran todo lo contrario del clamor de ahora, é indicaban que convenía callar hasta poner en claro algunas obscuridades; significaban cuestiones reservadas é indicaban en las operaciones de la policía, cierta cantidad de razón de Estado.

De este modo, según los analistas, Eduardo III hizo que se apoderasen de Mortimer en la cama de su madre, Isabel de Francia. Esto puede ponerse en duda, pues Mortimer sostuvo un sitio en la ciudad antes de ser cogido. Warwich practicaba con gran deleite este procedimiento «para atraerse á las gentes.» Cromwell lo empleó, particularmente en Connaugh, y así fué arrestado, en Kilmacough, Trailie-Arklo, pariente del Conde de Ormond.

Apoderarse en silencio de las personas por una simple señal de la justicia, indicaba más mandato de comparecencia que orden de arresto; muchas veces únicamente era un procedimiento para informarse, é indicaban, hasta en el silencio que imponían á los demás, tener ciertos miramientos con la persona prendida de ese modo. Pero el pueblo, poco enterado de detalles, lo presenciaba con espanto.

Inglaterra, no hay que olvidarlo, no era en 1705, y aun mucho más tarde, lo que es en nuestros días. En su conjunto había gran confusión y mucha opresión: Daniel Foe, que habla probado la picota, caracteriza en parte el orden social inglés en estas palabras: «Las manos de hierro de la ley.» Pero no eran solamente las de la ley, sino también las de lo arbitrario. Acordaos

de Steele, arrojado del Parlamento; de Locke, arrojado de la cátedra; de Hobbes y de Gibbon, que se vieron precisados á huir; de Churchill, Hume y Priestley, que fueron perseguidos, y de John Wilkes, que encerraron en la Torre. Larga sería la cuenta de las víctimas del estatuto *seditions libel* si se enumerase. La Inquisición hallábase extendida por toda Europa, y sus prácticas de policía habían formado escuela. Cometer un atentado monstruoso contra todos los derechos era posible en Inglaterra; recordad la *Gazetier cuirassé*. En pleno siglo dieciocho, Luis XV hacía robar en Picadilly los escritores que le desagradaban, y Jorge III sacaba por sus propias manos del centro de la sala de la Ópera, en Francia, al pretendiente.

Eran dos brazos muy largos: el del Rey de Francia llegaba hasta Londres y el del Rey de Inglaterra hasta París. Esa era la libertad que entonces se disfrutaba.

Agreguemos á lo dicho que se ejecutaba á las personas, cuando bien les parecía, en el interior de las prisiones; expediente vergonzoso que vuelve á usar Inglaterra en estos momentos, ofreciendo de este modo al mundo el extraño espectáculo de un gran pueblo que, queriendo mejorar, elige lo peor, y que teniendo ante él, á una parte el pasado y á otra el progreso, equivoca la parte y toma la noche por día.

IV

URSUS ESPÍA Á LA POLICÍA

Como acabamos de decir, según las rígidas leyes de policía de aquella época, el apercibimiento hecho por el wapentake á un individuo, para que éste le siguiera, implicaba el mandato de callar y de permanecer quietos á todos los que lo presenciaban. A pesar de esto, algunos curiosos obstinados acompañaron de lejos á los que se llevaban á Gwynplaine; uno de éstos fué Ursus.

Ursus permaneció como petrificado mientras se veía obligado á ello; pero acostumbrado á la vida nómada y á las malda-

des de lo desconocido, pronto salió de ese estado, é inmediatamente se puso á reflexionar, porque en seguida vió que no era ya tiempo de lamentarse, sino de obrar.

Afrontar los incidentes es el deber de los que no son idiotas, y no empeñarse en comprenderlos, sino en obrar.

En cuanto se llevaron á Gwynplaine, Ursus luchó con dos temores; temor por aquél, que le aconsejaba que le siguiese, y temor por él mismo, que le aconsejaba lo contrario. Ursus poseía la intrepidez de la mosca y la impasibilidad de la sensitiva; temblaba por su ahijado, pero, á pesar de esto, se decidió heroicamente á desafiar á la ley y á seguir al wapentake, porque le inquietaba lo que pudiera acontecerle á Gwynplaine; era necesario que le temiese mucho para tener tanto valor.

Gwynplaine parecía más robado que arrestado. La operación de la policía se verificó tan rápidamente, que el campo de la feria, poco frecuentado en la madrugada, por otra parte, apenas notó lo ocurrido. Casi nadie en los barracones creía que el wapentake había ido á llevarse al *Hombre que ríe*; por eso no se había reunido gente.

Gwynplaine, tapado por la capa y por el sombrero, que le ocultaba el semblante, no podía ser reconocido por los transeuntes. Antes de salir Ursus para seguir á aquél, tomó la siguiente precaución: llamó aparte á Nicless, al muchacho Govicum, á Fibi y á Vinos y les prescribió el silencio más absoluto respecto á Dea, que nada sabía de lo sucedido, suplicándoles que no le dijeran una sola palabra que pudiera hacerle sospechar lo que había pasado; que le explicasen que las necesidades de la Green-Box exigían la ausencia de Gwynplaine y de Ursus; y como, por otra parte, dormía al mediodía, antes de que se despertase ya habrían regresado él y Gwynplaine, porque esto debía ser una equivocación, que les sería fácil de hacer ver á los magistrados y á la policía, y confiaba en que los dos estarían muy pronto de vuelta. Después de recomendar el silencio, Ursus partió. Pudo, sin ser notado, seguir á Gwynplaine. Aunque se mantuvo á la mayor distancia posible, se arregló de modo que no le perdía de vista. El atrevimiento para el acecho es la valentía de los tímidos.

Después de todo, y por imponente que fuese el aparato, quizás sólo habrían citado á comparecer á Gwynplaine ante el magistrado de la policía por alguna infracción que no fuese de gravedad, y Ursus creía que esta cuestión iba á resolverse inmediatamente; se pondría en claro ante sus ojos por la dirección que tomase el acompañamiento que conducía á su ahijado en el instante en que llegase á los límites del Tarrinzean-field, que había de internarse por las callejuelas del Little Strand.

Si el acompañamiento torcía por la izquierda, es que conducía á Gwynplaine á la casa del Municipio de Southwark, y entonces nada había que temer; era por cosa insignificante, alguna falta municipal, una reprensión del magistrado ó una multa sin importancia: dejarían en libertad en seguida á Gwynplaine, se verificaría la representación del *Caos vencido*, como todas las noches, y nadie se percataría de este suceso.

Si el acompañamiento torcía por la derecha, entonces el asunto sería grave, porque había por esa parte sitios temibles.

En el momento en que el wapentake, que precedía á las dos filas de los agentes, entre los que caminaba Gwynplaine, llegó á las callejuelas, Ursus clavó en él la vista ansiosamente. ¿Hacia qué parte se dirigiría?

Torcía por la derecha. Ursus, sobresaltado, para no caer en tierra tuvo que apoyarse en una pared.

No hay frase tan hipócrita como esta, que se dice uno á sí mismo: *Quiero saber á qué atenerme*. Realmente no se desea, se tiene profundo miedo de saberlo. La angustia se complica con un esfuerzo obscuro para no terminar; no nos lo queremos confesar, pero de buena gana retrocederíamos, y cuando avanzamos nos reprochamos haber avanzado. Esto es lo que hizo Ursus.

—Mal me salió esta prueba. Siempre hubiera sabido esto demasiado pronto. ¿Por qué he seguido á Gwynplaine?

Después de hacerse esta reflexión, como el hombre es una continua contradicción, apresuró el paso, y ahogando su ansiedad, continuó avanzando con el fin de aproximarse al acompañamiento y con la idea de no dejar romper, en el dedalo de las calles de Southwark, el hilo entre Gwynplaine y

él. El acompañamiento de policía andaba pausadamente, por dar solemnidad al acto. El wapentake iba á la cabeza y el justicier-quorum cerraba la marcha; este orden implicaba cierta lentitud.

Toda la majestad posible en un corchete brillaba en el justicier-quorum. Su traje ofrecía un término medio entre la vestimenta del doctor en música de Oxford y la sobria y negra del doctor en divinidad de Cambridge. Iba vestido como un gentil-hombre, llevando encima del traje un largo *godebert*, que es un manto forrado de espaldas de litre de Noruega, que era entre gótico y moderno; gastaba peluca como Lamignon y mangas como Tristán l'Hermitte. Sus grandes y redondos ojos miraban á Gwynplaine con la fijeza de los del buho.

Andaba cadenciosamente; no es posible ver un hombre tan feroz.

Ursus se perdió un instante en el laberinto de las callejuelas, pero no tardó en volver á hallar el acompañamiento cerca de Santa María, donde éste tuvo que detenerse por encontrar el parapeto de una turba de niños y de perros que le impidió el paso unos instantes; este incidente es habitual en las calles de Londres, según aseguran los antiguos registros de policía.

Después de todo, es un accidente bastante vulgar que los agentes de policía conduzcan á un hombre ante un magistrado, y como todo el mundo tiene sus asuntos y sus quehaceres, se dispersaron todos los curiosos. Únicamente ya Ursus seguía la pista de Gwynplaine.

Pasaron por delante de las dos capillas que están situadas una frente de la otra, la de *Recreative Religionists* y la de la *Ligue Halleluiah*, dos sectas de entonces que subsisten aún.

Después, el cortejo serpenteó de calle en calle, eligiendo con preferencia los *roads* no edificados todavía, los *rows*, en los que nacía la hierba, haciendo muchos zig-zags. Al fin se paró.

Se detuvo en una callejuela insignificante. En ella no había casas, y á su entrada se elevaban dos ó tres moles. Esta callejuela la formaban dos murallas, una á la izquierda, baja, y otra á la derecha, alta. La muralla alta era negra y de masonería, á la sazón, con almenas, con escorpiones, con cuadrados de gruesos hierros colocados en

aberturas estrechas, pero sin ventana alguna. Se veía al pie de esa alta muralla, como el agujero debajo de una ratonera, un pequeño postigo elíptico. Nadie había en dicha callejuela, ni tiendas ni transeúntes; pero se oía en ella continuo rumor, como si estuviera paralela á algún torrente; este rumor era de voces y de carruajes. Era probable que hubiese á la otra parte del edificio negro una gran calle, seguramente la principal de Southwark, la que desembocaba por una parte con la calle de Cantorbery y por la otra con el puente de Londres. Si en la extensión de la calle alguien hubiera espionado el acompañamiento de Gwynplaine, fuera de éste, no hubiera visto otro rostro humano que el pálido contorno de Ursus, medio escondido en la penumbra de una esquina de pared: mirando con temor de ser visto, se había situado en un repliegue que formaba un zig-zag en la calle.

El acompañamiento se agrupó delante del postigo. Gwynplaine ocupaba el centro, pero ahora tenía detrás de él al wapentake con su bastón de hierro.

El justicier-quorum levantó la aldaba y dió tres golpes. Abrieron. El justicier-quorum dijo:

—De parte de su majestad.

Una pesada puerta de encina y de hierro giró sobre sus goznes y una abertura livida y fría se presentó, parecida á la boca de un antro. Una bóveda horrenda se prolongaba en la obscuridad.

Ursus vió cómo Gwynplaine desaparecía por bajo de ella.

V

LUGAR SINIESTRO

El wapentake penetró detrás de Gwynplaine, después el justicier-quorum, luego el acompañamiento, y, finalmente, se cerró el postigo.

La pesada puerta volvió á quedar ajustada herméticamente, sin que se viese quién la había abierto ni quién la cerraba. Parecía que los cerrojos se encajasen ellos mismos en su alvéolos; algunos de esos mecanismos, que inventó el sistema de intimidación de los antiguos tiempos, existen todavía en antiguas casas de fuerza; puertas que no tienen portero, hacen que se asemeje el umbral de la prisión al umbral de la tumba.

Dicho postigo era la puerta baja de la cárcel de Southwark. Nada en este edificio carcomido y áspero, desmentía el aspecto de prisión. La cárcel de Southwark era un antiguo templo pagano edificado para adorar á los Mogons, que eran los antiguos dioses ingleses; fué transformado en palacio por Ethelulfe y en fortaleza por San Eduardo, y después instaló allí la prisión Juan Sin Tierra, y desde entonces fué la cárcel de Southwark. Atravesaba desde el principio una calle esta cárcel, como á Cheonceaux un río, y durante un siglo ó dos, fué *gate*, esto es, puerta del arrabal; después se tapió el pasaje. Todavía quedan en Inglaterra prisiones de esta clase; en Londres, Newgate; en Cantorbery, Westgate; en Edimburgo, Canongate.

Casi todas las cárceles de la Gran Bretaña ofrecen el mismo aspecto: grande muralla por fuera y por dentro una colmena de calabozos. Nada es tan fúnebre como esas prisiones góticas, en las que la araña y la justicia tejen sus telas. Se siente ante esas construcciones inclementes y salvajes la misma angustia que experimentaban los antiguos navegantes ante los infiernos de esclavos, de que nos habla Plauto, cuando pasaban bastante cerca para poder percibir el ruido de las cadenas.

La cárcel de Southwark, antiguo lugar de los exorcismos y de las torturas, tuvo al principio la especialidad de los hechiceros, como lo manifiestan los siguientes versos, grabados en una piedra encima del postigo:

*Sunt arreptitū vexati daemone multo.
Est energumenus quem daemō possidet unus.*

Versos que fijan la discrepancia entre el demoníaco y el energúmeno.

Encima de esta inscripción estaba clavada en la pared, como signo de alta justicia,

una escala de piedra, que en épocas anteriores fué de madera.

La cárcel de Southwark, hoy ya demolida, daba á dos calles, á las que, como *gate*, servía en otros tiempos de comunicación; tenía dos puertas; la que daba á la gran calle estaba destinada para entrar las autoridades, y la que daba á la callejuela era la puerta del sufrimiento, y estaba destinada para el resto de los vivientes, y además para los muertos; porque cuando un prisionero fallecía en la cárcel, por dicha puerta sacaban el cadáver.

Por la puerta del sufrimiento acababa de penetrar Gwynplaine en la prisión. La callejuela, como dijimos, sólo era un camino plagado de piedras y de guijarros, cerrado por dos murallas, una frente de otra; pero eran desiguales: la alta era la cárcel y la baja el cementerio; este pudridor mortuorio de la prisión no tenía más altura que la estatura de un hombre, y le agujereaba una puerta que daba frente al postigo de la cárcel. Los muertos sólo tenían que atravesar la calle; bastaba dar veinte pasos para entrar en el cementerio. La muralla alta mostraba una escala patibularia, frente de la que había esculpida, en la muralla baja, una cabeza de muerto.

VI

LAS ANTIGUAS MAGISTRATURAS

El que en estos momentos se hubiera hallado al otro lado de la prisión, á la parte de la fachada que da á la calle principal de Southwark, hubiese visto parado, á la puerta monumental y oficial de la cárcel, un coche de viaje. Un círculo de curiosos le circundaba; estaba blasonado, y vieron bajar de él á un personaje, que entró en la prisión, que la muchedumbre creyó sería un magistrado, porque los magis-

trados en Inglaterra eran nobles y casi todos disfrutaban del derecho de *ecuage*.

En Inglaterra un gentilhombre aceptaba, como oficio honorífico, el de juez.

En la Gran Bretaña existe el magistrado ambulante, y se llama *juez de circuito*, y por eso no era raro que el público viese en el citado carruaje la carroza de uno de éstos: lo que era más de extrañar en el supuesto magistrado es que descendiera, no de dentro del vehículo, sino del sitio de delante, que habitualmente no es el del dueño. Otra particularidad: en aquel tiempo se viajaba en Inglaterra de dos maneras: ó en coche-diligencia, pagando un schelin por cada cinco millas, ó en posta y con mucha rapidez, por tres sous por cada milla y dando cuatro al postillón á cada parada; el coche propio que le ocurría viajar por recreo, pagaba, por cada caballo y por cada milla, tantos schelines como un caballero que corría la posta; y la carroza que estaba detenida ante la puerta de la cárcel, era tirada por cuatro caballos y llevaba dos postillones, lo que demostraba un lujo de príncipe. Pero lo que acabó de desconcertar todas las conjeturas era que la carroza estaba cuidadosamente cerrada; detrás de sus vidrios estaban levantadas las ventanillas de madera, de modo que no permitían ver el interior, lo mismo que todas las aberturas por donde la vista pudiera penetrar en él; desde fuera no podía verse lo de dentro, y es posible que desde dentro tampoco se pudiese ver lo de fuera. No obstante esto, parecía que estuviera vacío el carruaje.

Perteneciendo Southwark al condado de Surrey, al sheriff de éste correspondía la cárcel de dicho arrabal. Jurisdicciones diferentes eran bastante frecuentes en Inglaterra. Así, por ejemplo, la Torre de Londres, no estando situada legalmente en condado alguno, estaba en cierto modo en el aire, y no reconocía otra autoridad que la de su constable, calificado de *custos turris*. La Torre de Londres tenía su jurisdicción, su iglesia, su tribunal de justicia y su gobierno aparte. La autoridad del *custos* extendiase fuera de Londres hasta veintiún *hamlets* (1).

El sheriff de una provincia era muy considerado. Era siempre escudero y, á veces,

caballero; era calificado de *spectabilis* en los antiguos estatutos, que era el título intermediario entre *illustris* y *clarissimus*, menos que el primero y más que el segundo. Los sheriffs de los condados eran elegidos por el pueblo en épocas antiguas, pero Eduardo II, y después Enrique IV, pasaron este derecho á la Corona, y desde entonces les nombraban los Reyes. Todos recibían esta comisión de su majestad, á excepción del sheriff del Westmorland, que era hereditario, y los sheriff de Londres y de Midelex, que eran elegidos por la *ivery* (1) en el Commonhall. Los sheriffs de Gales y de Chester tenían ciertas prerrogativas locales. Todos estos cargos subsisten todavía en Inglaterra; pero gastados por el rozamiento de las costumbres y de las ideas, ya no conservan la fisonomía de los tiempos antiguos. El sheriff de condado tenía el deber de escoltar y de proteger á los «jueces errantes». Así como el hombre posee dos brazos, este sheriff tenía dos oficiales, su brazo derecho, que era el sub-sheriff, y su brazo izquierdo, que era el *justicier-quorum*. El *justicier-quorum*, asistido por el bailío de la centena, que se llamaba *wapentake*, aprehendía, preguntaba, y bajo la responsabilidad del sheriff, encerraba en la prisión, para que fuesen juzgados por los jueces de circuito, á los ladrones, asesinos, sediciosos, vagabundos y á toda clase de gente felona. La discrepancia entre el sub-sheriff y el *justicier-quorum*, en su servicio jerárquico, respecto al sheriff, estribaba en que el sub-sheriff acompañaba y el *justicier-quorum* asistía. El sheriff tenía dos tribunales, uno sedentario y central, la *County-court*, y otro ambulante, la *Sheriff-Turn*. Representaba la unidad y la ubicuidad. Como juez podía hacerse ayudar y delegar sus facultades en las cuestiones litigiosas en un abogado, calificado de *sergens coifa*, que llevaba debajo del birrete negro una coifa de tela blanca de Cambray. El sheriff aligeraba de gente las prisiones; cuando llegaba á una población de su provincia, tenía el derecho de despachar sumariamente á los prisioneros, ya sea para ponerles pronto en libertad, ya para ahorcarles pronto, á lo que se llamaba: *Goal delivery*. El

(1) Aldeas ó pueblecillos.

(1) Cuerpo de ciudadanos de Londres.

sheriff presentaba el extracto de la acusación de la causa á los veinticuatro jurados de acusación; si la aprobaban, escribían encima: *billa vera*; si lo desaprobaban ponían: *ignoramus*; entonces se anulaba la acusación y el sheriff tenía el privilegio de invalidar el referido extracto. Si durante la deliberación moría uno de los jueces, por ejemplo, el que quería declarar inocente al acusado, el sheriff, que tenía el privilegio de arrestar á aquél, gozaba asimismo del privilegio de ponerle en libertad. Lo que hacía estimar y temer, singularmente, al sheriff era que podía, por su destino, ejecutar *todas las órdenes de su majestad*, y esta era una prerrogativa muy temible, porque daba cabida á lo arbitrario.

Los oficiales llamados *verdeors* y los *coroners*, constituían el cortejo del sheriff, y disponían de un magnífico acompañamiento de gentes que iban á caballo y de gentes de librea. El sheriff, según la opinión de Chamberlaine, es «la vida de la Justicia, de la Ley y del Condado.»

Invisible demolición pulveriza y disgrega continuamente las leyes y las costumbres en la Gran Bretaña. Actualmente, volvemos á decir, ni el sheriff, ni el *wapentake*, ni el *justicier-quorum* desempeñan sus cargos como los desempeñaban en la antigüedad. Había en la antigua Inglaterra confusión de poderes, y las atribuciones mal definidas resolvíanse por medio de usurpaciones, que serían imposibles en la actualidad. La promiscuidad entre la policía y la justicia ha cesado ya: subsisten todavía los mismos nombres, pero las funciones han variado, y hasta la palabra *wapentake* ha cambiado de sentido; antes significaba una magistratura y ahora significa una división territorial.

En esta época, el sheriff de condado reunía y comprendía en su autoridad, real y municipal al mismo tiempo, las dos magistraturas que antiguamente se llamaban en Francia *lugarteniente civil* de París y *lugarteniente de policía*: al primero lo clasifica bien esta antigua nota de la policía: «El *lugarteniente civil* gusta de las querellas domésticas, porque lo que producen es para él.» El *lugarteniente de policía* era un personaje inquieto, múltiple y haragán, del que fué modelo René d'Ar-

genson, que, según cuenta Saint-Simón, reunía en su fisonomía, mezclados, los rostros de los jueces del infierno.

Estos tres jueces estaban, como hemos visto, en la *Bishopsgate* de Londres.

VII

ESTREMECIMIENTO

Gwynplaine experimentó fuerte estremecimiento al oír que el postigo de la cárcel se cerraba con todos sus cerrojos, pareciéndole que la puerta que se cerraba en pos de él era la puerta de comunicación de la luz con las tinieblas, y que dejaba á la parte de fuera el hormigueo terrestre y á la de dentro el mundo muerto; esta idea le atenaceó el corazón. ¿Qué iban á hacer de él? ¿Qué significaba este encierro? ¿Dónde se hallaba?

Nada veía en torno suyo, sumido en la obscuridad. Al cerrarse la puerta quedó ciego: no había allí ni respiraderos ni linternas, según las costumbres de los antiguos tiempos, en que estaba prohibido alumbrar el interior de las prisiones, para que los recién llegados no pudiesen reconocer el sitio en que estaban.

Gwynplaine extendió las manos y tocó la pared á derecha é izquierda: se hallaba en un corredor. Poco á poco la escasa claridad del subterráneo, que no se sabe dónde procede y que flota en esos sitios oscuros, y á la que se ajusta la dilatación de las pupilas, le hizo divisar un lineamiento aquí y allá, y ante su vista se bosquejó confusamente el corredor.

Gwynplaine, que sólo había entrevistado las severidades penales á través de las exageraciones de Ursus, creía verse asido por una especie de mano colosal y oscura, y es espantoso verse manejado por lo desconocido de la ley. Los bravos, en presencia del peligro, se desconciertan ante la ley. ¿Por qué? Porque la justicia del hombre sólo es crepuscular, y el juez anda por ella

á tientas. Gwynplaine recordaba que Ursus le había recomendado la necesidad del silencio; quería volver á ver á Dea, y veía en su situación algo de discrecional que él no quería irritar: en ocasiones, empeñarse en ver claro, es empeorar la situación.

Únicamente se atrevió á preguntar:

—Señores, ¿dónde me lleváis?

Pero nadie le contestó.

La ley que rige en las presas silenciosas de las personas así lo ordenaba. El texto normando dice: *A silentiariis ostio prappositis introducti sunt.*

Este silencio heló á Gwynplaine. Hasta entonces se creyó fuerte y se bastaba á sí mismo, porque bastarse es ser potente. Siempre había vivido aislado, imaginándose que vivir aislados es ser inexpugnables, y de improviso se vió bajo la presión de la terrible fuerza colectiva. ¿Cómo combatir con el anónimo horrible de la ley? Este enigma le hacía desfallecer. Miedo desconocido en él halló el defecto de su armadura; además, ni había dormido aquella noche, ni comido; apenas había tomado una taza de te. De su delirio é insomnio nocturnos todavía le quedaba la fiebre; tenía sed y quizá hambre, y el estómago vacío trastorna todo nuestro ser. Las emociones que le atormentaban le sostenían: sin el huracán, la vela sería un trapo; pero la debilidad extrema del harapo, que el viento hincha hasta que lo desgarrar, él la sentía, viendo acercarse el fatal momento. ¿Caería al suelo sin sentido? Encontrarse mal es un recurso para la mujer y una humillación para el hombre; procuraba mantenerse firme, pero temblaba. Sentía lo que siente el que se le van los pies.

VIII

GEMIDO

De nuevo se pusieron en marcha: avanzaron por el corredor.

El acompañamiento tuvo que estrecharse y tomar la forma del corredor; iban uno

á uno: primero el wapentake, en seguida Gwynplaine, después el justicier-quorum, luego los agentes de policía, confundidos y tapando el corredor detrás del saltimbanqui: el corredor se estrechaba, y ya podía Gwynplaine tocar la pared con los dos codos, la bóveda de guijarros, lucida con cimientos, tenía, por intervalos, arcos de granito salientes, y era preciso bajar la cabeza para pasar por ellos; no era posible correr allí: hasta el fugitivo se vería obligado á andar lentamente: este foso hacia rodeos; todas las entrañas son tortuosas, las de la prisión como las del hombre; aquí y allá, á derecha á izquierda, ofrecía grandes aberturas en la pared, cuadradas y cerradas con hierros gruesos que dejaban entrever escaleras, utilizadas unas para subir y otras para bajar. Llegaron á una puerta cerrada: se abrió; pasaron y se volvió á cerrar. Luego se encontraron con la segunda puerta, que les abrió el paso; después con la tercera, que giró ella misma sobre sus goznes, como las otras dos. No encontraron á ser humano. Al mismo tiempo que el corredor se estrechaba, se bajaba la bóveda, y llegaron á no poder andar más que con la cabeza inclinada. La pared rezumaba: caían de la bóveda gotas de agua, y estaban viscosas las losas que cubrían el pavimento. La palidez difusa, que hacía las veces de claridad, cada vez era más opaca: se respiraba mal, y lo más lúgubre era que andaban descendiendo.

Era necesario fijarse mucho para advertir que se descendía. En la obscuridad la pendiente más suave es siniestra, y nada es tan temible como las tinieblas á las que se desciende por declives insensibles.

¿Cuánto tiempo anduvieron de este modo? Gwynplaine no lo sabía; los momentos de angustias se prolongan indefinidamente. De improviso se detuvieron. La obscuridad era espesa. De repente se ensanchó el corredor.

Gwynplaine oyó cerca de sí un ruido extraño, semejante á un golpe dado en el diafragma del abismo. Lo causaba el wapentake chocando su bastón contra una lámina de hierro; esta lámina no era una puerta, puesto que no giraba, sino que se levantaba y se bajaba, era una especie de compuerta.

Gwynplaine oyó el frote estridente en

una ranura, y brilló ante sus ojos un trozo cuadrado de luz; era que la lámina subió y se introdujo en una hendidura de la bóveda, dejando una gran abertura. La luz que penetraba por ella era descolorida, pero para las pupilas dilatadas de Gwynplaine, esa claridad brusca fué, al parecer, semejante á la luz de un relámpago y quedó un rato sin ver, porque discernir en un deslumbramiento es tan difícil como de noche. Después, la vista del saltimbanqui se acostumbró á la luz como se había acostumbrado á la obscuridad, y acabó por ver bien; la claridad, que al principio le pareció demasiado viva, concluyó por parecerle livida, como realmente era, y dirigió las miradas á la abertura abierta ante él, y lo que vió le llenó de espanto.

A sus pies, unos veinte escalones, altos, estrechos, casi á pico, sin pendiente á derecha ni á izquierda, especie de creta de piedra parecida á una pared hecha con declive de escalera, descendían y se hundían en un subterráneo muy profundo.

Este subterráneo era redondo, con bóveda ojiva de arco rampante, á causa de la falta de nivel de las impostas, dislocación propia de los subterráneos sobre los que se levantan pesados edificios. La especie de cortadura que servía de puerta, y que la lámina acababa de descubrir, en la que desembocaba la escalera, estaba entallada en la bóveda, de modo que desde su altura la vista hundíase en el subterráneo como dentro de un pozo.

El subterráneo era extenso, y si era el fondo de un pozo, era el fondo de un pozo ciclópeo; y no estaba empedrado ni enladrillado, tenía el piso de tierra húmeda y fría de los lugares profundos.

En el centro del subterráneo, cuatro columnas bajas y deformes sostenían un pórtico, pesadamente ojival, cuyas cuatro molduras, reuniéndose en su interior, ofrecían el aspecto de una mitra por dentro. Este pórtico, semejante á los pináculos, debajo de los que, en los antiguos tiempos, se metían los sarcófagos, ascendía hasta la bóveda, y formaba dentro del subterráneo una especie de cámara central, si cámara puede denominarse un compartimiento abierto por todas partes y que tiene en vez de cuatro paredes cuatro pilares.

De la clave de la bóveda del pórtico col-

gaba una linterna de cobre, redonda y enrejada como la ventana de una prisión. La linterna lanzaba en torno suyo, á los pilares, á las bóvedas y á la pared circular que se entreveía vagamente detrás de los pilares, resplandor lívido entrecortado por rayas de sombra; esta claridad fué la que deslumbró á Gwynplaine y ahora era para él un resplandor opaco. No había otra luz en el subterráneo, ni ventana, ni puerta, ni respiradero.

Entre los cuatro pilares, y precisamente bajo la linterna y en la parte más luminosa, se divisaba una silueta blanca y terrible en el suelo. Estaba echada en él de espaldas y presentaba en su cabeza ojos cerrados, un cuerpo cuyo torso desaparecía bajo no sé qué montón informe, cuatro miembros amarrados al dorso en forma de cruz de San Andrés y tirando hacia los cuatro pilares por cuatro cadenas atadas á los pies y á las manos; estas cadenas iban á parar á una argolla situada debajo de cada columna. Esta forma, inmovilizada en la posición atroz del descuartizamiento, ofrecía la lividez fría del cadáver: era un hombre y estaba desnudo.

Gwynplaine, petrificado, lo contemplaba desde lo alto de la escalera.

De improviso oyó un estertor: el cadáver vivía aún.

Próximo al espectro, en una de las ojivas del pórtico, á los dos lados de una gran silla con brazos, que estaba colocada sobre una enorme piedra lisa, estaban de pie dos hombres vestidos con largos sudarios negros, y en la silla se sentaba un anciano envuelto en una toga roja, pálido, inmóvil y siniestro, y sosteniendo en la mano un ramillete de rosas.

Por el ramillete todo lo comprendería otro hombre menos ignorante que Gwynplaine. El derecho de juzgar con un ramo de flores en la mano, caracteriza al magistrado real y municipal á la vez. El lord-maire de Londres juzga todavía así en la actualidad. Ayudar á que los jueces juzguen era el destino de las primeras rosas de la estación.

El anciano, que se hallaba sentado en el sillón, era el sheriff del condado de Surrey. Tenía la rigidez majestuosa de un patricio romano.

El sillón era el único asiento que había

en el subterráneo; al lado del sillón veía-se una mesa llena de papeles y de libros, y entre éstos la vara larga del sheriff.

Los hombres que estaban derechos á derecha é izquierda del sheriff, eran dos doctores, uno en leyes y otro en medicina. Los dos vestían el traje negro del juez y del médico: esta clase de hombres usan luto por las muertes que causan.

Detrás del sheriff, en el reborde del escalón que formaba la piedra lisa, estaba acurrucado un escribano con peluca redonda, teniendo un tintero próximo á él, sobre las losas; un cuaderno de cartón sobre las rodillas, una hoja de pergamino sobre el cuaderno, y con la pluma en la mano en actitud de escribir.

Arrimado á uno de los pilares había un hombre vestido de cuero y con los brazos cruzados; era el criado del verdugo.

Las figuras que acabamos de describir, inmóviles cada una en su postura fúnebre, parecía que estaban encantadas en torno del hombre encadenado; ninguna se movía ni hablaba. Reinaba allí una tranquilidad espantosa.

Aquel sitio era un subterráneo penal; estos subterráneos abundan en Inglaterra. La cripta de la Beauchamp-Tower sirvió mucho tiempo para esos usos, lo mismo que el subterráneo de Lollards-Prison. Todas las prisiones del tiempo de King-John tenían un subterráneo penal, y la cárcel de Southwark era una de ellas.

Lo que vamos á describir ocurría entonces con frecuencia en Inglaterra, y podría hoy día ejecutarse como procedimiento criminal, porque todas aquellas leyes subsisten todavía. Inglaterra ofrece el espectáculo curioso de un código bárbaro, que vive en buena inteligencia con la libertad. Sin embargo, debería desconfiarse de esto, porque si sobreviniese una crisis, no sería imposible que reviviese la antigua penalidad. La legislación inglesa es un tigre aprisionado; le han cubierto las patas de terciopelo, pero conserva siempre las garras: cortar las uñas á la ley, sería lo más prudente.

La ley casi desconoce el derecho. Debe haber en ella por una parte penalidad y por otra humanidad. Protestan contra ella los filósofos, pero aun transcurrirá mucho tiempo antes que la justicia de

los hombres se confunda con la justicia verdadera.

El respeto á la ley es la máxima inglesa; tanto se veneran allí las leyes, que no las derogan nunca, pero aunque se veneran, no se ejecutan. La ley antigua cae en desuso como una mujer vieja, pero ni se mata á la una ni á la otra; no se practican, y quedan en libertad de creerse siempre bellas y jóvenes; se les deja soñar que viven.

Las costumbres normandas son viejas, muy arrugadas, pero esto no obsta para que los jueces ingleses les pongan los ojos tiernos; conservan con cariño las antiguallas atroces, si son normandas. ¿Hay algo más feroz que la horca? En 1867 condenaron á un hombre á ser descuartizado y presentaron sus restos á una mujer, á la Reina (1).

La tortura no ha existido nunca en Inglaterra, según dice la historia con admirable aplomo. Maltrieu de Westminster toma acta de que la ley sajona, muy clemente, no condenaba á muerte á los criminales, y agrega: «Se limitaba á cortarles la nariz, á vaciarles los ojos y á cortarles las partes que marcan el sexo.»

No hacía más que esas frioleras la clemente ley sajona.

Gwynplaine, espantado en lo alto de la escalera, temblaba de terror é inútilmente trataba de rebuscar en su imaginación qué crimen había podido cometer; al silencio del wapentake siguió la vista de un suplicio; esto era dar un paso, pero un paso trágico, y él veía obscurecerse cada vez más el sombrío enigma legal que le amenazaba.

El espectro humano que se hallaba tendido en el suelo, tuvo un segundo estertor.

Gwynplaine sintió que le empujaban con suavidad por detrás, y viendo que el empuje provenía del wapentake, comprendió que debía bajar, y obedeció.

De escalón en escalón descendió la escalera: los escalones eran estrechos y tenían nueve pulgadas de altura, y era necesario descender con precaución. Bajaba detrás de Gwynplaine, siguiéndole á la distancia de dos escalones, el wapentake, llevando derecho el iron-weapon, y detrás

(1) Feniano Burke, mayo de 1867.

del wapentake descendía, á igual distancia, el justicier-quorum.

Gwynplaine, á medida que bajaba los escalones, iba perdiendo por grados la esperanza, como si descendiese á la muerte paso á paso, y llegó con lividez cadavérica al suelo de la escalera.

El hombre encadenado á los cuatro pilares, seguía resollando angustiosamente.

Una voz en la penumbra dijo:

—Aproxímaos.

Era el sheriff, que se dirigía á Gwynplaine; éste dió un paso.

—Acercaos más.

Gwynplaine dió otro paso.

—Más aún—repuso el sheriff.

El justicier-quorum murmuró al oído de Gwynplaine, con tanta gravedad, que su cuchicheo era solemne:

—Os halláis en presencia del sheriff del condado de Surrey.

Gwynplaine avanzó hasta el ajusticiado, que estaba extendido en el centro del subterráneo. El wapentake y el justicier-quorum permanecieron donde estaban, dejando que el saltimbanqui avanzara solo.

Cuando Gwynplaine llegó bajo el pórtico y divisó de cerca al ajusticiado, que hasta entonces había contemplado desde lejos, y vió que era un hombre vivo, su sobresalto se trocó en espanto.

El hombre amarrado al suelo estaba desnudo, pero llevaba el harapo repugnantemente púdico que podría llamarse la hoja de parra del suplicio, y que era el *succingulum* de los romanos y el *christipannus* de los góticos. A Jesús, desnudo en la cruz, sólo le pusieron ese andrajo.

El hombre torturado, que Gwynplaine contemplaba, tendría cincuenta ó sesenta años; estaba calvo, tenía pelos blancos y erizados en la barba; cerraba los ojos y abría la boca, mostrando todos los dientes; su faz delgada y huesosa parecía una cabeza de muerto. Sus brazos y piernas, atados por cadenas á los cuatro pilares de piedra, formaban una X. Le oprimía el pecho y el vientre una placa de hierro, que sostenía cinco ó seis piedras bastante gruesas. Resollaba respirando ó rugiendo.

El sheriff, sin soltar de la diestra el ramillete de rosas, tomó de la mesa con la izquierda su vara blanca, y poniéndola recta, dijo:

—Obediencia á su majestad.

Después volvió á dejar la vara sobre la mesa: en seguida, lentamente, sin gesticulación y tan inmóvil como el paciente, levantó la voz y dijo:

—Hombre que estáis cargado de cadenas, escuchad por última vez la voz de la justicia. Se os sacó del calabozo y se os ha traído á esta cárcel. Interpelado debidamente, y según las fórmulas legales, *formaliis verbis pressus*, sin consideración á las lecturas y á las comunicaciones que se os han dirigido y que se os van á dirigir de nuevo; inspirado espíritu de tenacidad malvada y perversa, os habéis encerrado en el más absoluto silencio y habéis rehusado contestar al juez; esto es un libertinaje detestable, y que constituye, entre los hechos punibles del cashliit, el crimen y delito de *overhernessa*.

El doctor en derecho, que se hallaba de pie á la derecha del sheriff, le interrumpió, y exclamó con indiferencia que tenía algo de lúgubre:

—*Overhernessa*. Leyes de Alfredo y de Godrun, capítulo sexto.

El sheriff prosiguió:

—Todos respetan la ley menos los ladrones que infestan los bosques donde las ciervas crían.

Como una campana tras otra el doctor en derecho repitió:

—*Qui faciunt vastum in foresta ubi dama solent fonminare*.

—El que rehusa contestar al magistrado—añadió el sheriff,—es sospechoso de tener todos los vicios y es capaz de cometer toda clase de daños.

El doctor continuó también:

—*Prodigus, devorator, profusus, salax, ruffianus, ebriosus, luxuriosus, simulator, consumptor patrimonii, elluo, ambro et giulo*.

—Todos los vicios implican poseer todos los crímenes. El que nada declara lo confiesa todo; el que calla cuando el juez le interroga, es de hecho mentiroso y parricida.

—*Mendax et parricida*.

El sheriff prosiguió:

—Acusado, no es permitido creerse ausente por callar; la contumacia falsa hierre á la ley y se parece á Diómedes hirriendo á una diosa. La taciturnidad ante la

justicia es una forma de rebelión, y lesa justicia es igual que lesa majestad. El que calla en casos semejantes obra con temeridad. El que sustrae al interrogatorio roba la verdad, y la ley ya procura evitarlo. Para tales casos los ingleses gozaron en todos los tiempos del derecho de fosa, de horca y de cadenas.

—*Anglia charta* del año 1088 — dijo el doctor, y con la gravedad mecánica de siempre, añadió:—*Ferrum, et fossam, et furcas, cum illis libertatibus.*

El sheriff continuó:

—Por lo que, acusado, ya que no habéis querido quebrantar el silencio, estando sano de espíritu y perfectamente enterado de lo que os pregunta la justicia; ya que sois diabólicamente refractario á ella, os debimos imponer y os imponemos, según los estatutos criminales, á la prueba del tormento llamada «la pena fuerte y dura». De lo que hicimos con vos la ley exige que os informe auténticamente. Os trajimos á este subterráneo, os despojamos de vuestra ropa, se os ha acostado de espaldas en tierra, pusimos vuestros cuatro miembros tirantes y atados á las cuatro columnas de la ley, se os aplicó al vientre una plancha de hierro, colocando sobre ella las piedras que pudierais soportar «y más», como dice la ley.

—*Plusque*—afirmó el doctor.

—En esta situación, y antes de prolongar la prueba, os hice yo, el sheriff del condado de Surrey, la intimación de contestar y de hablar, y vos habéis insistido satánicamente en el silencio, á pesar de las cadenas y de las torturas.

—*Attachamenta legalia*—añadió el doctor.

—Por obstinaros en no obedecer, y siendo equitativo que la obstinación de la ley sea igual á la del criminal, ha continuado la prueba, como lo disponen los edictos y los textos. El primer día no os dieron ni comida ni bebida.

—*Hoc est, super jejunare*—dijo el doctor.

Hubó una pausa durante la cual se oyó la respiración fatigosa y sibilante del hombre á quien abruman un montón de piedras.

El doctor en derecho terminó su interrupción.

—*Adde augmentum abstinentie ciborum diminucioni. Consuetudo británica*, artículo quinientos cuatro.

El sheriff y el doctor alternaban en el diálogo con triste monotonía imperturbable; la voz lúgubre contestaba á la voz siniestra, como si ambos fuesen el sacerdote y el diácono del suplicio que celebrasen la misa feroz de la ley.

El sheriff continuó su relación:

—El primer día no os dieron comida ni bebida. El segundo os dieron de comer, pero no de beber, poniéndoos entre los dientes tres bocados de pan de cebada. El tercer día os dieron de beber, pero no de comer, vertiéndoos en la boca, sucesivamente, el contenido de tres vasos de agua, que, en conjunto, formaba una pinta, tomada del arroyo de la cloaca de la prisión. Hoy es el cuarto día, y hoy, si os resistís también, os dejaremos ahí abandonado hasta que expiréis. Así lo dispone la justicia.

El doctor lo aprobó del modo siguiente:

—*Mors rei homagium est bona legi.*

—Aunque os sintáis morir alictivamente—prosiguió diciendo el sheriff,—nadie os asistirá, aunque la sangre os brote de la garganta, de la barba y de los sobacos y de todas las aberturas del cuerpo.

—*A throtébolla*—exclamó el doctor;—*et pabus et subhireis, et á gugno usque ad crupponum.*

—Prestad atención, criminal, porque lo que os va á ocurrir os interesa. Si renunciáis á vuestro execrable silencio y confesáis, únicamente seréis ahorcado y tendréis derecho al *meldefeoh*, que consiste en una cantidad de dinero.

—*Damnum confiter*—dijo el doctor,—*habeat le meldefeoh. Leges Ind.*, capítulo veinte.

—Cuya suma se os pagará—insistió el sheriff,—en *doitikins*, en *suskins* y en *galihalspens*, único caso en que pueden emplearse esas monedas, según lo manifiesta el estatuto de abolición de Enrique V, y tendréis el derecho y el goce de *scortum ante mortem*, y seréis en seguida ahogado en la horca. Tales son las ventajas que reporta la confesión. ¿Ahora, queréis contestar á la justicia?

El sheriff calló y esperó un rato. El paciente permaneció sin hacer movimiento alguno.

El sheriff volvió á tomar la palabra:

—Criminal, ese silencio es un refugio que ofrece peligro y no salvación. La obstinación merece castigo. El que se calla cuando la justicia le interroga, es un felón á la corona. No insistáis en vuestra desobediencia. Pensad en su majestad nuestra Reina; os pregunto para que le respondáis. Sed vasallo leal.

El paciente resolló.

El sheriff siguió hablando:

—Después de las setenta y dos primeras horas de la prueba, hemos llegado al cuarto día, que es el decisivo: en éste, la ley fija la confrontación.

—*Quarta die, ad frontem adduce*—dijo el doctor.

—La sabiduría de la ley eligió esta hora extrema, con la idea de obtener lo que nuestros antepasados llamaban «el juicio por el frío mortal», opinando que este es el momento en que los hombres pueden ser creídos bajo su palabra.

El doctor en derecho repitió:

—*Judicium pro frodmortell, quod homines credenti sint per suum ja est per suum na.* Carta del rey Adelstam, tomo primero, página ciento setenta y tres.

Hubó una pausa, y después el sheriff inclinó hacia el paciente el rostro severo, diciéndole:

—Hombre que os halláis acostado en tierra, ¿me oís?

El hombre no se movió.

—¡En nombre de la ley, abrid los ojos! Las pupilas del paciente continuaron cerradas.

El sheriff se dirigió al doctor en medicina, que estaba á su izquierda, y le dijo:

—Doctor, formad el diagnóstico.

—*Probe da diagnosticum*—dijo el médico.

El médico se aproximó al criminal con frialdad magistral, se inclinó hacia él, puso el oído cerca de la boca del paciente, le pulsó, le palpó los sobacos y las piernas y luego se puso en pie.

—¿Y bien?—le preguntó el sheriff.

—Oye aún—le contestó el médico.

—¿También ve?

El doctor le contestó:

—Puede ver.

El sheriff hizo un signo y avanzaron el justicier-quorum y el wapentake; éste se

situó al lado de la cabeza del paciente y el otro se colocó detrás de Gwynplaine.

El médico dió un paso atrás hacia los pilares.

Entonces el sheriff levantó el ramillete de rosas, como un sacerdote el hisopo, y en alta voz y formidable interpeló al paciente de esta manera:

—¡Habla, miserable! te lo suplica la ley antes de exterminarte. Si pretendes ser mudo, piensa en la tumba, que es muda también; si pretendes ser sordo, piensa en tu condenación, que también lo es. Reflexiona que vamos á abandonar aquí. Ya que eres mi semejante, óyeme, porque soy hombre; ya que eres mi hermano, escúchame, que yo soy cristiano; ya que puedes ser mi hijo, óyeme, porque yo soy un viejo. Guárdate de mí, que soy el que dispone de tus sufrimientos y voy á ser inexorable. El horror de la ley da majestad al juez. Piensa que yo mismo tiemblo delante de mí. Mi propio poder me consterna. No hagás que lo use hasta sus límites, porque me siento lleno de la santa maldad del castigo. Ten, desdichado, saludable y honrado temor á la justicia y obedéceme. Ha llegado ya la hora de la confrontación y debes responderme. No te resistas más, no me dejes llegar á lo irrevocable, pues no debe complacerte el expirar aquí lentamente, agonizando mucho tiempo en espantosa agonía, bajo el peso de esas piedras, solo en este subterráneo; no debe complacerte morir desesperado, chocando los dientes, llorando y blasfemando, sin médico y sin sacerdote. Yo acudo á socorrerte, ten piedad de ti mismo, haz lo que te ordeno, cede á la justicia, vuelve la cabeza, abre los ojos y di si reconoces á este hombre.

El paciente ni volvió la cabeza ni abrió los ojos.

El sheriff dirigió una mirada al justicier-quorum y en seguida otra al wapentake.

El justicier-quorum quitó á Gwynplaine el sombrero y la capa, y cogiéndole por los hombros, le puso frente á la luz al lado del hombre encadenado. El semblante del vólatinero se destacó con su extraño relieve enteramente iluminado.

Al mismo tiempo se encorvó el wapentake, cogió entre sus manos, por las sienes, la cabeza del paciente, é, inerte, la puso en dirección de Gwynplaine, y con los dos

pulgares y los dos índices abrió los párpados cerrados del criminal. Los ojos feroces de aquel hombre aparecieron y vió á Gwynplaine.

Al divisarle, levantó él solo la cabeza y abriendo cuanto pudo las pupilas, le miró, estremeciéndose cuanto le es dable estremecerse á un hombre que sostiene tanto peso con el pecho, y gritó:

—¡Es él... sí! ¡es él!...

Lanzó una carcajada terrible y repitió:

—¡Es él! ¡es él!

Luego dejó caer la cabeza al suelo y cerró los ojos.

—Escribid, escribano—dijo el sheriff.

Aunque Gwynplaine estaba aterrorizado, conservó hasta entonces presencia de ánimo; pero el grito ¡Es él! le trastornó. La orden del sheriff: *Escribid, escribano*, heló la sangre de sus venas. Creía que un malvado iba á arrastrarle tras él, sin poder comprender por qué, y que aquella confesión le entregaba á la justicia. Se creía ya que iban los dos á ser atados en la misma picota y ahorcados después uno junto al otro. Espantado Gwynplaine, balbuceó frases incoherentes con la turbación profunda del inocente, y fuera de sí, lanzó gritos y dejó escapar las frases siguientes, en medio de su agonía:

—Eso no es cierto; yo no soy. No conozco á ese hombre, y, por consiguiente, él tampoco me conoce. Tengo que marcharme porque he de representar esta noche.

¿Qué quieren de mí? Pido que me dejen en libertad. ¿Por qué me han conducido á este subterráneo? No existen ya las leyes, podéis decir que no existen ya. Señor juez, repito que yo no soy; soy inocente de todo lo que ese hombre pudo decir; lo sé seguro y por eso deseo salir de aquí. Esto es muy justo. No existe nada de común entre ese hombre y yo. Podéis informaros. Mi vida es pública. Han venido á prenderme como si fuera un ladrón. ¿Por qué? ¿Acaso sé yo quién es ese hombre? Soy un joven errante que represento farsas en las ferias y en los mercados. Soy *El hombre que ríe*. Todo el mundo ha acudido á verme. Nos hospedamos en el Tarrinzeanfield. Hace quince años que tengo este oficio y yo sólo he cumplido veinticinco. Habito en la posada de Tadcaster. Me llamo Gwynplaine. ¡Que me saquen de aquí, señor juez! No se debe abusar de la miseria de los desgraciados; tened compasión de un hombre que no ha delinquido en nada, que no puede defenderse y que no tiene quién le proteja. Tenéis delante de vos á un infeliz saltimbanqui.

—Tengo ante mí—respondió el sheriff, —á lord Fernando Clancharlie, Barón Clancharlie y Hunkerville, Marqués de Corleone en Sicilia y par de Inglaterra. Diciendo esto el sheriff se levantó, y, señalando el sillón á Gwynplaine, añadió.

—Milord, dignese sentarse vuestra señoría.

LIBRO QUINTO

El mar y la suerte se agitan con igual soplo.

I

SOLIDEZ DE LAS COSAS FRÁGILES

Gwynplaine no comprendió lo que el sheriff le decía, y miró detrás de él para ver si hablaba á otro.

El oído no llega á percibir el sonido demasiado agudo, ni la inteligencia la emoción demasiado aguda; la audición y la comprensión tiene sus límites.

El wapentake y el justicier-quorum, aproximándose á Gwynplaine, le cogieron cada uno de un brazo y le sentaron en el sillón que dejó vacío el sheriff. Les dejó hacer sin comprender lo que hacían.

En cuanto estuvo sentado el volatine-ro, el wapentake y el justicier-quorum retrocedieron algunos pasos y permanecieron rectos é inmóviles detrás del sillón.

Entonces el sheriff dejó sobre la losa el ramillete de rosas, se puso los anteojos, que le presentó el escribano; cogió de bajo de los cuadernos que tapaban la mesa una hoja de pergamino, manchada, amarillenta, roída y rota en varias par-

tes, que parecía haber sido plegada en muchos dobleces pequeños y que estaba escrita por una sola cara, y de pic y aproximándose á la luz de la linterna y con voz solemne, leyó lo que sigue:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

»Hoy, 29 de enero de 1690 de la era de Nuestro Señor, fué criminalmente abandonado en las desiertas costas de Portland, un niño de diez años, con la intención de que en aquellas soledades pereciese víctima del hambre y del frío.

»Este niño fué vendido á la edad de dos años por mandato de su majestad el rey Jacobo II.

»Este niño es lord Fernando Clancharlie, hijo único legítimo de lord Lineus Clancharlie, Barón Clancharlie y Hunkerville, Marqués de Corleone en Sicilia, par del reino de Inglaterra, hoy difunto, é hijo asimismo de Ann Bradshaw, su esposa, hoy difunta.

»Este niño es el heredero de los bienes y títulos de su padre; por eso fué vendido, mutilado y desfigurado, desamparado por voluntad de su majestad.

»Este niño fué educado y dislocado con intención de que fuese un volatinero en los mercados y en las ferias.